

## ÍNDICE

Prólogo . . . . .	IX
-------------------	----

### PRIMER PREMIO

Náufrago en tus pupilas <i>Tony Muñoz</i> . . . . .	1
--	---

### ACCÉSIT

Por experiencia <i>Luis Carrasco Martínez</i> . . . . .	17
--	----

### SELECCIONADOS PARA SU PUBLICACIÓN

Newton <i>Gonzalo Oliver Pinacho</i> . . . . .	49
Los funerales de la abuela tita <i>Belinda del Carmen Díaz Aguilar</i> . . . . .	77
El gran caleidoscopio <i>Alicia Marín López</i> . . . . .	95
Feliz Navidad <i>Marc Colombo Lambea</i> . . . . .	125

EL GRAN CALEIDOSCOPIO

Alicia Marín López

**E**l cura acababa de arrancar de mi fachada el cartel de *Camino de Santa fe*. En cada ciudad de España había alguna pobre alma tratando de echar un ojo a aquel casi beso del actor estadounidense Errol Flynn a la oreja de una inexpresiva Olivia Havilland. No era difícil encontrar algún anuncio de aquella película colgado en las fachadas de cines de barrio como el mío; lo complicado era localizar uno de ellos sin un enorme sello censurando la cara de ambos. Pero yo me sentía orgullosa de que allí, en mi

cine, durante algo más de dos horas, colgara del muro de piedra uno de ellos. Una *rara avis*. Aquel beso era una situación que evitar “por su alto contenido adulto y la posibilidad de incitar a los ciudadanos respetables a cometer actos irrespetuosos”. Ese fue el discurso de don Juliano, párroco del pueblo, antes de arrancar el póster de la fachada de mi cine de barrio, para después “confiscarla” con especial cariño en el despachillo de la iglesia. No había llegado todavía el verano de 1948. Todavía quedaban dos horas para el inicio de la sesión matinal. El verano se vaticinaba como la ocasión perfecta para dar un vuelco a la imagen del cine de mi padre y posicionarlo como un referente en proyección de cine extranjero. Sabíamos que, al otro lado del charco, la cosa no estaba mucho mejor para el séptimo arte, pues en ese sitio lejano la censura no pasaba desapercibida. Sin

embargo, los besos a boca cerrada o la representación de mujeres fuertes en ocasiones conseguían saltarse el código impuesto por el sindicato de cine estadounidense y con suerte, llegaba hasta nosotros. Más allá de Estados Unidos, el florecer del cine europeo aparecía en España como una promesa de que el país tomaría ejemplo de la libertad creativa de los países vecinos, sin embargo, el encorsetado régimen seguiría durante años reprimiendo las artes, con conocimiento de que estas eran el vestigio revolucionario que podía impedir que fuesen manipuladas las mentes y las almas.

Aquella mañana proyectaría por primera vez *El ladrón de bicicletas*, una película que llegaba desde Italia y relataba cómo un hombre humilde cae en la desesperación después de que roben su bicicleta. Algo tan simple como eso era capaz de contar una historia tan universal: los pobres robando

a los pobres para sobrevivir. Sabía que don Juliano sería el primero en la puerta aquella mañana, pues con cada estreno, él mismo se otorgaba la obligación moral de visualizar las películas antes de permitir que el resto de las respetables ciudadanas y ciudadanos pudieran verla. El temor era inevitable. El cine Castellana Max, como decidieron llamarlo mis padres tantos años atrás, continuaba abierto y con expectativas de futuro. Entré a preparar las bobinas, limpié los butacones negros y rojos, preparé el rollo de entradas y un bote de pesetas para el cambio. Terminé de poner a punto el proyector, tratando con cuidado los negativos. Traté de arreglar una de las luces de la sala que tintineaba al compás de mi pulso, pero parecía no querer fijarse. Encolé un último poster de la película y lo pegué en el muro de la entrada, donde hacía apenas una hora había colgado, no con ligero descaro, el beso

en la oreja de los protagonistas de *Camino de Santa fe*. Pensé en ello unos instantes antes de recomponerme, con la presencia ya de don Juliano en la puerta principal. Le abrí y sujeté el portón de cristal y con gesto de incertidumbre entró en el vestíbulo. Eligió con estudiado cuidado la misma butaca de siempre y con cara seria se concentró en la pantalla todavía en blanco. Yo subí rápidamente las escalerillas traseras y me coloqué tras el cristal de la sala de proyección. Me fijé en que todas las luces continuaban encendidas a excepción de la luz antes titilante, que había acabado por fundirse del todo. Apagué todas las que aún brillaban y la película comenzó.

Un padre trabaja pegando carteles de cine por toda la ciudad con la única ayuda de su bicicleta, hasta que un día se la roban. Ante la idea de perder el trabajo y no poder mantener a su hijo, con gran pena

y tras intentar recuperar su único motor de vida, trata de robar una nueva bicicleta junto al pequeño. La película, debidamente doblada al castellano, no había pasado el corte de los censores españoles en un principio. La ley obligaba a que ninguna película presentase un final triste o desesperanzador, ya que los ciudadanos debían entender que frente a las adversidades hay que mantener el buen ánimo. A pesar de todo, una sonrisa en la boca y una actitud de agradecimiento; esa era la moraleja que el Estado quería que calase en el español de a pie. Al final de la película padre e hijo se marchan por una calle abarrotada, desesperanzados y malheridos tras los golpes recibidos por las personas que les cogieron infraganti tratando de robar aquella bicicleta. Durante aquella escena, casi muda, en España sonaba superpuesta una voz en *off* que, matando el clímax a la cruda rea-



lidad italiana de la postguerra, nos hacía creer que “sin duda la familia saldrá adelante porque la solidaridad cristiana siempre triunfa”. Tanto don Juliano como yo misma sabíamos de la existencia de aquel y otros elementos modificados de la película. *El ladrón de bicicletas* estaba a punto de terminar. Miré la sala, donde únicamente se distinguía la nuca de don Juliano, medio iluminada por la luz de la propia pantalla. Nerviosa di un trago al vaso de agua que había dejado a mi lado. Si todo salía bien, si don Juliano abandonaba mi sala sin una mueca de enfado en su cara, los ciudadanos de San Clemente tendrían la bendición eclesiástica para poder entrar a mi cine durante las siguientes semanas. La luz fundida de la sala tintineó de nuevo. Don Juliano volvió la cabeza hacia ella y, antes de mirar otra vez hacia la pantalla, me observó unos instantes. El padre

y el hijo conseguían salir del tumulto. Di otro sorbo al vaso de agua. La luz tintineó de nuevo, parecía querer encenderse con impaciencia entre un mareante baile de sombras y brillos. Don Juliano observó de nuevo la bombilla, inquieto ante la distracción que esto suponía. Padre e hijo continuaron caminando, con el rostro magullado y el alma rota. La luz se encendió de pronto y Don Juliano indicó con ademanes su malestar. Bebí algo más de agua. Con demasiada premura me puse en pie dispuesta a apagar aquella luz. Me levanté con el vaso de vidrio en la mano, pasé tras el proyector a revisar que no hubiera que cambiar la bobina y me aseguré de que todo girase correctamente. La luz del patio de butacas comenzó a parpadear otra vez. Miré hacia abajo, nerviosa, y el vaso volcó sobre el cinematógrafo. No podía dejar que el agua estropease los negativos ni

la bombilla, por lo que lo frené tan rápido como pude. Padre e hijo caminaban calle abajo, con el rostro magullado y totalmente desesperanzados; y tras eso, la película se detuvo. Sin voz en off. Sin moraleja final. Sin censuras ni cambios. Don Juliano miró hacia donde yo estaba, se levantó y se marchó. La luz fundida del patio de butacas se encendió al compás del resto. Tras aquel incidente se sucedieron semanas de don Juliano haciendo campaña en las misas diarias contra nuestro cine, seguro de que aquella “ofensa” había sido intencionada. Nadie ponía en duda que yo no estaba capacitada para un trabajo como aquel y que mi padre no debió nunca cederme el puesto. “Si al menos hubiese sido un hijo...”, comentaban algunos vecinos, que contaban la historia de aquella proyección con tal magnificencia que la realidad fue creciendo hasta convertirse en una batalla

épica de una joven contra la iglesia y el estado. Mis padres decidieron cerrar el cine para evitar su progresiva ruina y la mía. Y así San Clemente se quedó sin aquel enorme caleidoscopio, que asfixiado por las exigencias terminó ahogado entre las lágrimas del séptimo arte.

No volví a San Clemente hasta cinco veranos después. Tras aquel incidente en mayo del cuarenta y ocho, que a priori no parecía tener mayor importancia, algunas cosas se descontrolaron. Mi fama en el pueblo empeoró y mi reputación pasó a ser de interés público. Mis padres incluso temieron por mi seguridad cuando don Juliano hizo venir a dos representantes de la ley por la moralidad cristiana a interrogarme sobre lo sucedido. Me marché a vivir a Toledo con la hermana de mi madre. Tal vez defraudé a muchos de mis vecinos por no seguir sus consignas y regresar aquel

verano de 1953 con los sueños todavía bien anidados sobre mi cabeza. Todo seguía igual. Las mismas caras, las mismas casas, los mismos comercios, los mismos cuentos, chismes y comportamientos. Lo primero que hice al llegar fue pasear frente al Castellana Max con fingido desinterés. Nadie había querido comprar el local todavía, y el polvo se acumulaba sobre el cartel de la fachada y la ventanilla. Tenía ganas de colarme dentro y pasearme entre los butacones y la sala de proyección, pero no lo hice. Únicamente me giré dispuesta a marcharme hasta que choqué con un bulto. Era una chica de poco más de quince años que miraba embelesada el cartel de aquel que durante unos meses fue mi cine.

—Ojalá continuara abierto... —dijo para sí misma.

—Nadie vendría —contesté, entrometiéndome en sus pensamientos.

—Algunos sí —entonó, sorprendida ante mis palabras. —¿Sabes que *El ladrón de bicicletas* fue la última película que se proyectó aquí? Daría lo que fuera por poder verla —continuó, mientras señalaba el cartel que yo misma había pegado aquella mañana de mayo de mil novecientos cuarenta y ocho y que aún continuaba encolado en el muro.

No pude dormir aquella noche pensando en las tres palabras que la muchacha había pronunciado con tanta pureza. Yo también deseaba que aquel lugar continuara abierto. En Toledo había conocido, gracias a mi tía y con desconocimiento de mis padres, a varias personas del mundo del cine y la proyección. La cercanía a la capital facilitaba a menudo las cosas. En las filmotecas clandestinas se visualizaban películas que nunca llegarían a San Clemente. Pero yo podía cambiar aquello.

Aquella mañana me levanté al amanecer y fui al locutorio a llamar. Al medio día Magda ya me esperaba con una amplia y pícaro sonrisa justo a la salida de la pequeña estación de autobuses. Llevaba una pesada bolsa de deporte y un pequeño bolso repleto de cosas innecesarias que le servían como coartada para su viaje. Apenas intercambiamos un par de frases y algunas miradas cómplices antes de que ella regresara a Madrid, donde soñaba con convertirse en una gran estrella del teatro clandestino.

El cine debía continuar igual que siempre, con el polvo en la fachada y las puertas frontales cerradas con los candados. Únicamente accederíamos a él por la puertecilla trasera, cercana a la parroquia. Pasé la tarde recorriendo San Clemente en busca de aquella quinceañera que, con sus palabras la tarde anterior, había inspira-